



PTOLOMEO, EL BASTARDO

Los soldados siempre se están quejando, pensó Ptolomeo cuando bajó del bote sorteando un brazo cercenado que la corriente había arrasado hasta la orilla oriental del Nilo, *aunque estos tienen más razones para hacerlo que la mayoría*. Con una sonrisa y un asentimiento saludó al oficial macedonio, diez años más joven que él, de unos treinta, que le esperaba con dos caballos. Una escolta montada aguardaba a unos pasos de distancia. El intenso fulgor del sol poniente se reflejaba en sus rostros.

—Entiendo que están dispuestos a parlamentar, ¿no es así, Arrideo?

—Lo están, señor —repuso Arrideo, para acto seguido ofrecerle la mano cuando Ptolomeo resbaló en el lodo que bordeaba las aguas teñidas de sangre del río sagrado de Egipto.

Ptolomeo rechazó la ayuda que se le ofrecía con un ademán.

—La cuestión sigue siendo quién encabezará la legación; ¿Pérdicas o uno de sus oficiales?

—He hablado con Seleuco, Peitón y Antígenes; los tres están de acuerdo en que Pérdicas es un obstáculo para la paz y en que debe ser eliminado si persiste en su actitud intransigente.

Ptolomeo hizo una mueca al escuchar esto último, se frotó el musculoso cuello y lo hizo crujir con un seco movimiento de la cabeza.

—Sería mejor para todos si pudiéramos convencerle para que negocie desde la sensatez. No hay necesidad de medidas tan extremas. —Señaló hacia la orilla del río, repleta de miembros y cuerpos descuartizados, labor de los muchos cocodrilos que había en el río—. Estoy convencido de que, después de haber perdido a tantos de sus muchachos intentando cruzar el Nilo, entrará en razón y se retirará cuando hayamos alcanzado un compromiso honorable.

—Nunca te perdonaré que secuestraras el cortejo fúnebre de Alejandro y que te lo trajeras a Egipto. Sus oficiales no creen que esté dispuesto a sentarse a la mesa a no ser que se lo devuelvas.

—Pues no lo voy a hacer. —Ptolomeo sonrió. Sus ojos oscuros brillaron traviosos—. Puede que sea yo el que está siendo intransigente, pero es por mi bien. Enterrar el cuerpo de Alejandro en Menfis para luego trasladarlo a Alejandría cuando se haya levantado un mausoleo adecuado me confiere legitimidad, Arrideo. —Se golpeó con el puño la coraza de cuero que le protegía el pecho—. Me legitima como sucesor suyo en Egipto, y tengo la firme intención de permanecer aquí. Pérdicas puede quedarse con lo que sea que pueda mantener, pero ni va a recuperar a Alejandro ni se va a hacer con Egipto.

—En ese caso, presiento que no acudirá a las negociaciones.

—Es una lástima, pero creo que tienes razón. Pérdicas ha sido un necio. Debería haberse quedado el cuerpo en Babilonia y haberse centrado en apuntalar su posición en Asia en vez de intentar hacerse con el Imperio al completo ordenando llevar el cuerpo de Alejandro a Macedonia. Todo el mundo sabe que es tradición que los reyes de Macedonia entierren a sus predecesores; quería alzarse como monarca de todos nosotros. Era inaceptable.

—Precisamente por eso fue un acierto que te hicieras con el cuerpo.

—No fui solo yo, amigo mío. Eras tú quien estaba al mando del catafalco, fuiste tú quien me permitió arrebatárselo a Pérdicas.

—Fue un placer tan solo imaginar la cara que debió de poner ese cabrón arrogante y despótico cuando recibió la noticia.

—Me hubiera gustado verlo, pero ya es tarde para eso. —Ptolomeo respiró entre dientes, cogió las riendas de su caballo y le acarició el belfo—. ¿Cómo hemos llegado a esto? —le preguntó a la bestia—. Los compañeros de Alejandro matándose por su cadáver—. El caballo resopló y golpeó el suelo con la pezuña. Ptolomeo le sopló en el hocico—. Haces bien en guardarte lo que piensas, amigo mío. —Ptolomeo miró hacia el campamento de Pérdicas, a poco más de una legua de distancia, emborronado por el calor y el humo que producían las hogueras en las que cocinaba la tropa. Montó de un salto—. ¿Vamos?

Arrideo asintió, montó y espoleó a su caballo, que emprendió el camino a un cómodo trote.

—Justo antes de que te enviara el mensaje para que cruzaras, Seleuco me garantizó que estarías a salvo en el campamento y que se te permitiría dirigirte a las tropas. Está ansioso por llegar a un entendimiento contigo.

—De eso estoy convencido. Es el más ambicioso de los oficiales de Pérdicas, casi me cae bien.

—Y yo estoy seguro de que tú casi le caes bien a él.

Ptolomeo inclinó la cabeza hacia atrás y rio.

—Voy a necesitar a tantos casi amigos como pueda encontrar. Supongo que querrá algo con lo que lucrarse: la satrapía de Babilonia, por ejemplo. Esto es, siempre y cuando el puesto quede vacante y nos deshagamos de Arcón, el hombre designado por Pérdicas.

—Yo diría que eso es exactamente lo que quiere. Como todo hombre ambicioso, ve oportunidades hasta en la derrota.

—Puede que Pérdicas y sus aliados hayan caído derrotados aquí, en el sur, pero no en el norte. Aún no saben que Eumenes derrotó y mató a Crátero y a Neoptólemo.

Los labios de Arrideo esbozaron una conspiradora sonrisa.

—Si lo supieran, dudo que estuvieran valorando la posibilidad de asesinar a su líder si se niega a negociar.

Ptolomeo negó con la cabeza y frunció el ceño, incapaz de soportar la sensación de desasosiego que le produjo pensar en el asesinato de uno de los siete compañeros de Alejandro.

—¿Cómo hemos llegado a esto tan rápido? Fuimos hermanos de armas, conquistamos el mundo conocido, y ahora no hacemos más que acuchillarnos entre las costillas, y todo porque Alejandro le entregó su anillo a Pérdicas pero se negó a nombrar un sucesor. Pérdicas el «casi elegido» está a punto de convertirse en Pérdicas el «completamente muerto». —Se giró y le dio una palmada a Arrideo en el hombro—. Y supongo, amigo mío, que tú y yo somos bastante responsables de su muerte.

Arrideo escupió.

—Se lo tiene merecido por su arrogancia.

Ptolomeo sabía que esto último era cierto. En los dos años que habían transcurrido desde la muerte de Alejandro en Babilonia, Pérdicas había intentado mantener unido el Imperio arrogándose el mando de un modo despótico solo porque Alejandro le había entregado el Gran Anillo de Macedonia en su lecho de muerte di-

ciendo: «Al más fuerte», pero sin dejar claro a quién se refería exactamente.

Ptolomeo se percató al instante de que el gran hombre había sembrado la semilla de la guerra con esas tres palabras, y sospechaba que lo había hecho a propósito, para que nadie pudiera llegar nunca a hacerle sombra. Si aquella había sido su intención, la jugada funcionó a la perfección, porque lo que nadie se hubiera imaginado jamás acabó ocurriendo: sangre macedonia derramada por antiguos compañeros de armas tan solo dieciocho meses después de su muerte. Sí, la guerra había estallado casi al instante, cuando las ciudades griegas del oeste se rebelaron contra el yugo macedonio y los mercenarios griegos destacados en el este desertaron de sus puestos y emprendieron la marcha hacia Occidente. Más de veinte mil hombres se habían unido a la larga columna para dirigirse a casa por mar. Hasta el último de ellos fue masacrado por orden de Seleuco junto a las Puertas Caspias, a modo de advertencia para quienes quisieran buscar provecho en la muerte de Alejandro.

En Occidente la rebelión griega fue aplastada por Antípatro, el viejo regente de Macedonia, aunque no sin notable dificultad, ya que después de ser derrotado y de verse obligado a buscar refugio en la ciudad de Lamia, el anciano tuvo que soportar un asedio en invierno. Fue el vanidoso y fatuo Leonato quien acudió a su rescate rompiendo el sitio, pero perdió la vida en el combate convirtiéndose así en el primero de los siete en morir. Antípatro logró replegarse a Macedonia y, con la ayuda de Crátero, el mejor general vivo de Macedonia y el más querido por las tropas, consiguió derrotar a los rebeldes e imponer a Atenas, la cabecilla, una guarnición y una oligarquía promacedonias.

Con Occidente pacificado, Antípatro declaró la guerra a Pérdicas por haberse casado —y luego repudiado— a su hija Nicea al tiempo que conspiraba para casarse con Cleopatra, la hermana de Alejandro. Y así fue como comenzó la primera guerra entre los sucesores de Alejandro y el enclenque Eumenes, antiguo secretario griego de Alejandro y ahora sátrapa de Capadocia y partidario de Pérdicas. Eumenes fue incapaz de evitar que Antípatro y Crátero cruzaran el Helesponto y desembarcaran en Asia gracias a que Clito, el almirante de Pérdicas, se había pasado a su bando. Subestimando la habilidad militar de Eumenes, Antípatro y Crátero cometieron el fatal

error de dividir sus tropas: Crátero recibió la orden de encargarse del griego mientras Antípatro marchaba al sur para enfrentarse a Pérdicas. Sin embargo, el pequeño y astuto Eumenes hizo gala de una habilidad para el mando que nadie se hubiese esperado de un hombre que jamás había ostentado mando militar alguno. Y, a pesar de que su antiguo aliado, Neoptólemo, cambiara de bando, había derrotado a Crátero para después ejecutar tanto al gran general como al traicionero Neoptólemo.

De todo esto, por el momento, tan solo tenía noticia Ptolomeo, ya que su flota controlaba el Nilo, y eso evitaba que las nuevas llegaran con presteza al campamento de Pérdicas. Si hubieran sabido de su victoria en el norte y que el ejército de Antípatro estaba entre ellos y Eumenes, su deseo de acordar una paz habría quedado notablemente empañado.

Así que Ptolomeo era un hombre con prisa.



SELEUCO, EL ELEFANTE

Seleuco salió de la tienda de campaña de Pérdicas y se topó con la muchedumbre que la rodeaba. Contempló la hoja desnuda y cubierta de sangre que aferraba con el puño. De hombros anchos, cuello de toro y una cabeza más alto que muchos hombres, bajó la mirada para observar los rostros barbudos que tenía alrededor. La mayor parte de los soldados rondaba los cuarenta años, algunos eran incluso mayores. Muchos le sacaban al menos diez años. Todos ellos eran veteranos de las campañas de Alejandro que habían acabado luchando en el bando de Pérdicas contra compatriotas macedonios, quienes, llevados por las circunstancias, formaban parte del ejército de Ptolomeo. Fue la promesa de hacerse con una parte de las riquezas de Egipto lo que había motivado a aquellos hombres a enfrentarse con sus antiguos camaradas, pero esos antiguos camaradas los habían derrotado y ahora les impedían cruzar el Nilo. Muchos habían sido engullidos por el río cuando los elefantes que Pérdicas había enviado cauce arriba del vado para intentar detener las corrientes perturbaron el lecho fangoso. El desastre atrajo a los cocodrilos, que disfrutaron del festín resultante de aquel terrible error. Esa era la razón por la que aquella muchedumbre airada se agolpaba en torno a la tienda de su comandante, furiosa por la terrible muerte de tantos buenos compañeros. Morir a merced de las fauces de un reptil después de haber conquistado gran parte del mundo era un destino inaceptable para los orgullosos veteranos de Alejandro, y ninguno de ellos albergaba dudas sobre quién era el responsable.

—¿Qué has hecho? —gruñó una voz a su derecha.

Seleuco se giró y vio a Dócimo, siempre leal a Pérdicas, que caminaba hacia él con la mano en la empuñadura de la espada.

—Si yo fuera tú, daría media vuelta y me iría a buscar a ese amiguito tuyo, Polemón, y me iría de aquí antes de que me lincharan, Dócimo. Tu protector está muerto.

Alzó el arma ensangrentada. A su espalda Peitón y Antígenes, también con sangre en las manos, esbozaron sendas sonrisas, leves y amenazantes. Dócimo se detuvo y volvió a mirar la sangre antes de desaparecer a toda prisa.

Seleuco se volvió y descartó a Dócimo de sus pensamientos. El sujeto era irrelevante, y él tenía una tarea mucho más importante de la que ocuparse. Sin temor alguno, se encaramó a una carreta y levantó la daga ensangrentada sobre su cabeza. A su espalda, Peitón y Antígenes, sus compañeros de conspiración, se unieron a él en la improvisada tribuna. *O nos linchan o nos aclaman; ayer habría sido lo primero, aunque después de la debacle sospecho que se decantarán por lo segundo.* Al ver a los tres oficiales de más alto rango de Pérdicas admitiendo abiertamente su culpabilidad en el asesinato del portador del anillo de Alejandro, recibido de su propia mano en su lecho de muerte, los veteranos gruñeron mostrando su aprobación, algo impensable apenas dos años antes, poco después del inoportuno deceso del gran hombre. Bien era cierto que dos años atrás hubiera sido impensable que un macedonio llegara a derramar la sangre de un compatriota.

Era tanto lo que había cambiado...

—Pérdicas está muerto —anunció Seleuco. Su voz era tan potente y rotunda que llegaba a los miles de congregados—. Nosotros tres hemos asumido la tarea de retirar el único obstáculo hacia la paz; el hombre cuya arrogancia ha causado la muerte de tantos de nuestros compañeros de armas. El hombre irresponsable que se casó con Nicea, la hija de Antípatro, regente de Macedonia, y luego la repudió, lo que hizo que abocara a Asia a una guerra contra Europa; el hombre que intrigó para casarse con Cleopatra, la hermana de sangre de Alejandro, con el solo objeto de hacerse rey. ¡Rey! Rey cuando había jurado ser regente de los dos herederos, de los legítimos reyes: Alejandro y Filipo.

Por el rabillo del ojo vio a dos mujeres que se escabullían con sus respectivos séquitos; cada una por su lado, de vuelta a sus tiendas de campaña: Roxana, la madre de Alejandro, el niño de tres años de edad y cuarto de su nombre, y Adea, conocida ahora como

la reina Eurídice desde su matrimonio con el medio hermano de Alejandro, el tarado Filipo, tercer rey de Macedonia con ese nombre. *Ahora que sabéis lo que en realidad tenía en mente vuestro finado protector, quizá os dignéis a mostraros un poco más agradecidos y un poco menos pejugeros, cabrones.*

—Sugiero que, en aras de la reconciliación y en reconocimiento de la insensatez de Pérdicas, una insensatez de la que todos hemos sido parte, pidamos a Ptolomeo que se haga cargo de la regencia de ambos reyes. —Estudió a su público y no vio ni rastro de desacuerdo. *Parece que he calculado bien el momento. Si no se oponen a la sugerencia de que Ptolomeo sea regente, estoy convencido de que este se mostrará agradecido dándome Babilonia a cambio. Ahora ya está en manos de Ptolomeo sostener el espíritu de la reconciliación*—. Ptolomeo, el hermano contra el que nos hemos visto obligados a combatir poseídos por una locura colectiva azuzada por Pérdicas, está cruzando el río en estos momentos para hablar de paz. Se lo plantearemos cuando llegue. —Sus palabras fueron recibidas con murmullos de asentimiento—. Casandro también está aquí. —Señaló hacia el lugar en el que había mantenido una conversación con el hijo mayor de Antípatro antes de entrar en la tienda de Pérdicas, pero no pudo ver su rostro enjuto y picado de viruela entre la muchedumbre—. Acude con una oferta de su padre para que todos nos demos cita en los Tres Paraísos, en las colinas de cedros que se alzan sobre Trípoli, en Siria, para alcanzar un acuerdo definitivo. —Hizo una pausa para permitir los consabidos vítores, y quedó decepcionado por su tibieza.

—¡Un acuerdo que nos incluya a todos! —gritó Casandro, que se encaramó a la carreta de un salto, detrás de Seleuco, sorprendiéndole. Le dedicó a la multitud una sonrisa digna de un perro rabioso. Sus ojos pálidos y hundidos, a ambos lados de su nariz aguileña, no desprendían emoción alguna. De piernas larguiruchas y flacas, hombros estrechos y torso débil, su coraza ricamente decorada y el pteruges típico de un general macedonio parecían fuera de lugar. Casandro tenía el aspecto de un ave mal formada con uniforme. Y, sin embargo, su mera presencia atraía la atención de los hombres. La multitud permaneció inmóvil—. Mi padre ha convocado a todos los sátrapas del Imperio para que acudan, incluso a Eumenes, a pesar de ser partidario de Pérdicas, o quizá precisamente por serlo. ¡Mi padre y yo estamos decididos a que un mace-

donio nunca tenga que luchar contra otro macedonio! Mi padre y yo nos aseguraremos de que vosotros, valientes soldados de Macedonia, nunca tengáis que volver a sufrir a manos de vuestros compañeros de armas.

Los vítores tronaron bajo el cielo del atardecer cuando Casandro alzó los dos brazos con las manos entrelazadas como si acabara de ganar una competición de lucha libre.

Seleuco cruzó miradas con Antígenes. Fue un mero destello, pero estuvo cargado de significado. Luego le dedicó una sonrisa a Casandro y abrazó su delicada y espigada figura con su brazo peludo y musculoso. *Veo que voy a tener que vigilarte de cerca, asqueroso gusano. Nadie les arranca a mis hombres un vitor más fuerte que yo sin acabar humillado.*

—¡Bien dicho, Casandro! —gritó para que todos pudieran oírle—. Veo que estamos unidos en un mismo propósito.

Aunque su reacción fuera afirmativa, el gesto del rostro enjuto de Casandro bastó para que Seleuco descartara al instante sus palabras, algo que no le sorprendió. *¿Qué iba yo a querer conseguir contigo?* Se volvió hacia la multitud e hizo un ademán pidiendo silencio.

—Pero ahora lloraremos a nuestros muertos y mañana, al amanecer, convocaremos al ejército en asamblea para escuchar lo que Ptolomeo tiene que decirnos.

—¿Deberíamos dejar que Ptolomeo se dirija a los hombres? —preguntó Antígenes cuando Seleuco, Peitón, Casandro y él esperaban la llegada del sátrapa de Egipto.

Caía la noche y, con ella, la temperatura. Una docena de lámparas y un par de pebeteros daban calor a la tienda del comandante e iluminaban la negra mancha de sangre que había en la alfombra oriental, testimonio del crimen cometido tan solo tres horas antes. La prueba fehaciente, el cuerpo en sí, había sido retirado en secreto para evitar que se convirtiera en causa de desacuerdo para el nuevo régimen.

—¿Acaso tenemos otra opción? —repuso Seleuco antes de tragar una copa entera de vino.

—Hablas de «nosotros», pero fuiste solo tú quien le dio su palabra a Arrideo, y lo hiciste sin consultarnos ni a Peitón ni a mí.

—Os di a ambos la oportunidad de objetar, pero ninguno dijo nada. —Seleuco hizo un gesto con la mano descartando la cuestión—. Sea como sea, debemos dejar que Ptolomeo hable. Tiene el cuerpo de Alejandro, y debe explicar por qué se lo llevó. Cuando justifique sus acciones, también estará sembrando dudas sobre la decisión de Pérdicas de declararle la guerra.

—¿Y si Ptolomeo resulta incapaz de explicarse y sus palabras no convencen a la tropa? —preguntó Casandro.

Seleuco gruñó y esbozó una media sonrisa.

—¿Alguna vez has visto alguna situación en la que a Ptolomeo le haya fallado la labia? —Calló de pronto, como si acabara de recordar algo de vital importancia—. Ah, claro, tonto de mí; te dejaron en Macedonia, ¿verdad, Casandro? Así que lo más seguro es que apenas te acuerdes de él. Bien es cierto que tuviste ocasión de conocerle un poco a lo largo de los meses que siguieron a la muerte de Alejandro y antes de que partiera a Egipto. —Seleuco hizo una mueca, como si estuviera intentando recordar—. Estabas en Babilonia en aquella ocasión, ¿no es así?

—Sabes que sí.

—Claro, ahora recuerdo. Llegaste el día antes de que Alejandro cayera enfermo. Habías llegado desde la lejana Pella porque Alejandro había enviado a Crátero para sustituir a tu padre como regente de Macedonia y traías una carta de él pidiendo confirmación de la orden. Todos pensamos que era extraño que Antípatro enviara a su hijo cuando cualquier mensajero hubiera bastado, más aún teniendo en cuenta que solo con verte la cara Alejandro habría estallado de furia. ¡Cómo te despreciaba! —Le sonrió cálidamente a un Casandro con el ceño fruncido—. Sin embargo, tampoco es que importara al final, ¿no crees? Alejandro murió a los tres días de que llegaras. —Les dedicó a Peitón y a Antígenes una mirada cómplice—. Muy conveniente.

Casandro se puso en pie como un resorte.

—¿Qué insinúas?

Seleuco hizo un gesto para que volviera a sentarse.

—Nada, Casandro. Nada en absoluto. Tu hermano pequeño, Yolas, era el copero de Alejandro. Que le permitiese mezclarle el vino y el agua demuestra la confianza que Alejandro depositaba en tu familia a pesar de lo mucho que te odiara.

Casandro le dedicó a Seleuco una mirada de odio absoluto, aunque se sentó lentamente cuando aquel, con gesto despreocupado, hizo crujir los nudillos.

—Con eso no quiero decir nada, amigo mío —dijo Seleuco al tiempo que se rellenaba el cáliz con vino sin aguar y se encogía de hombros—. Nada en absoluto. Pero hay gente que bien podría establecer alguna conexión si el rumor se extendiera. ¿No crees, Antígenes?

El veterano general se rascó la calva de la coronilla y se mordió el labio como si estuviera valorando una cuestión de vital importancia.

—Sí, estoy de acuerdo. Algunos de mis muchachos ya han reparado en la coincidencia, pero ya les he dicho que no sean tan malpensados. Aunque también es cierto que tengo que recordárselo de vez en cuando.

Seleuco esbozó una mueca comprensiva.

—Sería una lástima que dejaras de recordárselo.

—Oh, no creo que llegase a hacerlo.

Seleuco asintió.

—Sé que no lo harías, a no ser que alguien intentase hacerse demasiado popular con nuestros muchachos enardeciéndolos a base de discursos y recibiendo vítores por ellos. —Miró a Casandro a la cara—. Si fuera así, quizá nos viéramos obligados a, ¿cómo decirlo?, ¿azuzar las brasas del rumor?

—No lo harías. Sabes que no tuve nada que ver con la muerte de Alejandro.

—¿Lo sé? ¿Sé realmente que no tuviste nada que ver en ello? —Seleuco miró a Peitón—. ¿Y tú, Peitón?

Peitón frunció el ceño mientras su lenta sesera se ponía en marcha.

—Yo no lo sé. —Volvió a arrugar la frente—. ¿Cómo iba a saberlo?

—No importa. ¿Y tú, Antígenes?

—Ahora mismo sé que no tuvo nada que ver —afirmó Antígenes, pero entonces alzó un dedo a modo de advertencia—. Pero si volviera a interponerse entre nuestros muchachos y nosotros, tal y como acaba de hacer, quién sabe si surgirían nuevas pruebas al respecto.

—Cabrones —espetó Casandro—. Siendo hijos de campesinos y pastores, y teniendo como tenéis la polla manchada de mierda de

cabra, ¿osáis amenazarme a mí? ¿Al hijo del regente de Macedonia? ¿Cómo os atrevéis?

—¿Cómo nos atrevemos? —Seleuco esbozó un gesto de incredulidad—. Mi padre, Antíoco, fue uno de los generales de Filipo, como lo fue el padre de Peitón, Creteuas. Puede que Antígenes haya ascendido desde lo más bajo, pero el ejército al completo le respeta. No olvides que, hasta hace poco, era uno de los oficiales de mayor rango con Crátero, y en este ejército no se llega mucho más arriba que eso. Nos atrevemos a amenazarte, Casandro, porque, a pesar de las bonitas palabras de tu padre sobre paz y cooperación, no nos gusta que intentes ganarte el favor de nuestros hombres. No queremos que te ganes su lealtad y no queremos que te conviertas en un rival. Lo último que necesita el Imperio ahora es otro aspirante al trono. —Alargó la mano—. El anillo, por favor.

—¿Qué? —dijo Casandro, escandalizado.

—El anillo de Alejandro, por favor. No te hagas el tonto, sé que lo tienes tú. Nosotros tres salimos de la tienda de Pérdicas dejándole moribundo y con el anillo aún en el dedo, pero cuando ordenamos retirar el cuerpo, el anillo ya no estaba. Te busqué con la mirada cuando me dirigía a mis hombres, pero no te vi, y, de pronto, apareciste detrás de mí en la carreta, procedente de la tienda. El anillo, por favor.

Casandro no se movió.

—Serás hombre muerto si intentas salir de esta tienda con él. Hoy hemos matado a Pérdicas, Casandro. A pesar de sus defectos, era un gran hombre en muchos sentidos. No creo que a ninguno de nosotros le importase deshacerse de un mierda como tú. ¡El anillo!

Lentamente, Casandro abrió una bolsa que le colgaba del cinturón. Sus ojos miraron a Seleuco con ardor homicida. Sacó el gran anillo de Macedonia, marcado con la estrella de dieciséis puntas, lo sopesó en la mano y se lo lanzó a Seleuco como si fuera una baratija.

Seleuco cazó el anillo al vuelo.

—Buenas noches, caballeros —dijo Ptolomeo cuando el centinela apartó la lona para que entraran él y Arrideo. Echó un vistazo a los presentes—. ¿Os preocupa algo? Espero que no. ¿Qué te acaba de dar Casandro? Parecía un anillo. Un anillo grande. —Miró a Casandro con un gesto de exagerada reprobación—. ¿Qué hacía un hombre tan débil con un anillo tan grande?

Casandro se puso en pie de un salto.

—¡No me hables en ese tono, Ptolomeo!

—¿Qué tono? —preguntó Ptolomeo, sorprendido—. Me he limitado a exponer los hechos: el anillo es grande y tú eres un hombre débil. No eres tan enclenque como Eumenes, lo admito, pero eres un hombre débil. Si ni siquiera has matado a tu primer jabalí salvaje...

Casandro hizo una mueca desdeñosa.

—Os creéis todos muy listos y pensáis que podéis meteros conmigo porque no tomé parte en la mayor aventura de todos los tiempos, porque me quedé atrás. Mirad a Casandro, a esa piltrafa. Jamás ha matado a un jabalí salvaje en una cacería, y menos aún se ha enfrentado a un ejército persa en combate. No es más que alguien del que mofarse. Pues bien, voy a deciros una cosa, valerosos héroes: puede que no me haya ganado el derecho a recostarme en un diván en los banquetes porque jamás abatí a un jabalí, y puede que penséis que me avergüenza tener que permanecer sentado como cualquier joven al que aún no le crece pelo sobre el labio. Y puede que creáis que lamento, cada día, que Alejandro me dejara en Macedonia porque no soportaba la debilidad que, erróneamente, percibía en mí. Pero estáis equivocados, porque, veréis, yo no pienso como vosotros. —Sonrió hasta dejar al descubierto su dentadura canina—. Ni disfruto ni valoro la caza, tampoco las valerosas hazañas en el campo de batalla. ¿Por qué iba a hacerlo? No estoy hecho para ello como vosotros, tal y como no dejáis de recordarme. Mis prioridades son otras, y, caballeros, pronto os daréis cuenta de que son superiores. —Dio media vuelta y salió de la tienda sin mirar atrás.

—Parece que le hemos dado donde duele —dijo Ptolomeo con semblante divertido. Se giró hacia Seleuco—. Supongo que es el anillo de Alejandro.

—Así es —dijo Seleuco alargando la mano para entregárselo.

—En ese caso, deduzco que Pérdicas está muerto, dado que él no está aquí, pero el anillo sí.

—No tuvimos elección.

Ptolomeo cogió el anillo y se lo puso en el dedo índice.

—¿Cómo es que lo tenía Casandro?

—Lo cogió del cadáver de Pérdicas y creyó que no me daría cuenta.

—¿Ah, sí? Me pregunto qué pretendía hacer con él, si dárselo a su padre o quedárselo.

—Seguramente dárselo a su padre —afirmó Antígenes.

Ptolomeo, no muy convencido, miró al veterano mientras tomaba asiento en la silla que había abandonado Casandro.

—Después de esta pequeña exhibición, no estoy tan seguro. Me atrevo a aventurar que la pequeña comadreja quiere apuntar alto.

—Delirios de grandeza —dijo Arrideo, que también tomó asiento.

—Es un mierda —espetó Peitón.

—Nunca subestimes a un hombre que cree estar solo contra el mundo. Casandro es uno de esos, te lo puedo asegurar. Por desgracia, no podemos deshacernos de él sin contrariar a su padre, y creo que es mejor evitar esto último ahora mismo. ¿No creéis? —Se sacó el anillo del dedo y se lo devolvió a Seleuco—. ¿Qué piensas hacer con esto?

Seleuco miró a sus dos compañeros y ambos mostraron su conformidad.

—Por el momento me lo quedaré yo, pero teníamos pensado ofrecerte a ti la regencia de ambos reyes.

—¿A mí? —Ptolomeo soltó unas sinceras carcajadas—. ¿Y qué haría yo con la regencia? ¿Por qué iba a querer esa carga cuando ya tengo Egipto y Cirenaica? ¿Qué saco yo poniendo bajo mi protección a un bebé y a su retorcida y maquinadora madre y a un idiota junto a su ambiciosa reina?

El rostro de Seleuco delató su genuina sorpresa.

—Creíamos que agradecerías el gesto.

—¿Agradecer? ¿Lo suficiente como para ofrecerte Babilonia? ¿Es eso lo que querías? —Ptolomeo sonrió al ver la cara desconcertada de Seleuco—. Vamos, Seleuco, no creerás que quiero convertirme en un segundo Pérdicas. Nadie puede mantener unido el Imperio, y él lo ha dejado probado de forma muy convincente. No, Seleuco: en lo que a mí respecta, puedes quedarte con Babilonia. Sé que eso es lo que quieres, porque he estado observando, y debo decir que estoy impresionado, tus maniobras para convertirte en el candidato principal cuando, como era de esperar, cayera Pérdicas. Sin embargo, no te la entregarán mis manos. Quédate con el anillo y concédete Babilonia a ti mismo.

Seleuco miró el anillo y luego a Ptolomeo.

—No lo quiero.

—Claro que no lo quieres, y es por la misma razón por la que no lo quiero yo. Así que alcancemos una solución elegante, tú y yo: designemos delegados, uno cada uno, para que compartan la regencia. Si yo fuera tú, nominaría a Peitón; tengo entendido que te debe un inmenso favor por el modo en que masacraste a aquellos veinte mil griegos antes de que sintiera la tentación de absorberlos como parte de su ejército para declararse en abierta rebeldía. Es lo menos que puede hacer, dado que te debe la vida.

Peitón arrugó la frente.

Seleuco valoró la cuestión un instante.

—Por supuesto, Peitón sería ideal precisamente porque no es un cargo apropiado para él.

—Pero servirá hasta que se pueda reunir el consejo. Tengo entendido que Antípatro os ha convocado en los Tres Paraísos. Allí podréis decidir entre todos quién ha de ser el regente.

—¿«Podréis»? Querrás decir «podremos».

—No, Seleuco. Podréis. Yo no voy a ir. De hecho, creo que jamás saldré de Egipto a no ser que tenga que viajar a uno de sus dominios. Tengo todo lo que necesito. Y Peitón puede darte lo que tú quieres.

Seleuco asintió.

—Todo lo que tiene que hacer es concederme Babilonia y entonces a Antípatro le resultará imposible quitármela si no quiere atentar contra el espíritu de cooperación que desea obtener en los Tres Paraísos.

—Exacto. Y tu posición se verá reforzada gracias al apoyo de mi nominado: Arrideo.

—¿Qué? —Arrideo se giró hacia Ptolomeo, alarmado—. ¿Por qué me eliges a mí?

—Como muestra de agradecimiento, por supuesto. Le cederás a Antípatro tu parte de la regencia y él te recompensará con una satrapía, algo que yo no puedo hacer. Estoy convencido de que no tardará en haber alguna vacante. De hecho, ambos sabemos que ya hay una libre.

Los ojos de Arrideo se abrieron al máximo.

—Ah.

Seleuco frunció el ceño.

—¿Qué? ¿Qué sabes que no nos has contado?

Ptolomeo se encogió de hombros.

—Bueno, supongo que tarde o temprano os vais a enterar. Hace unos ocho días Eumenes derrotó y mató a Crátero.

Seleuco, Antígenes y Peitón miraron incrédulos a Ptolomeo.

Seleuco fue el primero en salir de su trance.

—Eso es imposible.

—Es evidente que no. Y la cosa mejora, porque Neoptólemo cambió de bando. Eumenes capturó el bagaje de su ejército y mató a Neoptólemo en combate singular antes de reunir a ambos contingentes para enfrentarse a Crátero. Por lo visto, no permitió que sus tropas macedonias supiesen a quién se enfrentaban, y Crátero cayó arrollado por la caballería asiática. Ahora que está muerto, la satrapía de la Frigia helespóntica está vacante.

—Pero si Pérdicas y nosotros hubiésemos sabido que habíamos ganado en el norte...

—... es probable que ahora no estuviera muerto. Lo sé, por eso preferí no compartirlo con vosotros.

El gigantesco cuerpo de Seleuco se tensó de rabia.

—¡Maldito bastardo maquinador!

—¿Yo? Sí, puede ser. Bastardo soy, eso está claro, y supongo que se me puede acusar de ser maquinador. Pero tenía que asegurarme de que manteníamos una conversación sensata. Si Pérdicas hubiese sabido de la victoria de Eumenes, su situación hubiese sido la misma, pero se habría negado a negociar y vosotros no habríais estado tan dispuestos a asesinarle. De hecho, creo que no lo habríais hecho.

—Nos has obligado a matarle.

—Yo no diría «obligado», pero sí, hice lo posible para asegurarme de que lo haríais si se mostraba intransigente. Y estoy seguro de que no tardaremos en darnos cuenta de que ha sido para bien. ¿Comemos? Estoy cansado después de haber luchado y ganado una batalla hoy. Además, por la mañana tengo que dirigirme a vuestros hombres.



ADEA, LA GUERRERA

Era imperativo que concibiera, ahora más que nunca. Su vida misma dependía de ello. Adea maldijo la necesidad que tanto le repugnaba. A lo largo de los seis meses que llevaba casada con el rey Filipo y convertida en la reina Eurídice, tan solo había permitido que la cubriese en lo álgido de su ciclo cada mes, y, sin excepción, la experiencia siempre la llevaba al borde del vómito: el hedor masculino, los jadeos animales, las babas que caían sobre sus nalgas de unos labios flácidos y la humillación de arrodillarse ante él mientras gruñía de placer sin reparar en ella, privada de la ternura que había encontrado en las amantes femeninas que se llevaba a la cama el resto del mes. Bien era cierto que aquella postura era mucho mejor que tumbarse boca arriba y tener que soportar también su aliento.

Pero ahora sabía que tendría que resignarse a la experiencia más de una vez al mes, porque, si lo que había dicho Seleuco era cierto, y no tenía razones para dudar de él, necesitaba el arma que suponía un hijo varón. Un hijo que pudiera decirse nieto de Filipo, el segundo de su nombre, por parte de padre, y bisnieto de aquel por parte de madre: un príncipe real de pura sangre argéada, de la casa de Macedonia. Jamás le sería posible a un sujeto como Pérdicas, de lejana sangre real, unirse en matrimonio con Cleopatra para hacerse rey merced al débil lazo femenino con la dinastía. Su hijo, junto con el idiota de su marido, gozarían de la posición más fuerte como herederos de Alejandro, más fuerte aún que la de su hijo natural, también llamado Alejandro, nacido del vientre de Roxana, aquella gata salvaje oriental, su mortal rival. Porque Roxana era de la lejana Bactria y por sus venas no fluía ni una gota de sangre macedonia. El joven Alejandro tendría que esperar al menos diez años antes de poder engendrar a un hijo, y era mucho lo que podía pasarle a una persona en diez años. *Y eso*

Roxana lo sabe bien. Adea miró a su esposo, de treinta y ocho años pero con la mente de un chiquillo de ocho. Estaba sentado en una esquina jugando con un elefante de madera, emitiendo barritos y babeando a partes iguales al tiempo que su galeno personal, Ticón, no le quitaba la mirada de encima mientras su rostro arrugado lucía un gesto indulgente. *Ahora que Pérdicas no está para mantenerla a raya, Roxana redoblará sus intentos de envenenar a Filipo. Ojalá supiera con qué la amenazaba para que le temiera tanto.* Adea pasó una piedra por la hoja que estaba afilando; le encantaba el sonido metálico de la piedra sobre el hierro. *Cuánto me gustaría que madre siguiera conmigo; ella sabría cómo mantener a este niño grande a salvo, igual que su madre, a su vez, había hecho para mantenerla a ella a salvo de Olimpia.* El tarado de su marido lo era de nacimiento por culpa de la madre de Alejandro, Olimpia, cuando esta quiso deshacerse de una esposa rival. La dosis que le había dado a su víctima embarazada no bastó para matar al niño que crecía en sus entrañas, pero sirvió a sus propósitos.

Pero Cinane, su madre, estaba muerta, y Adea, a sus diecisiete años, tenía que valerse por sí misma en un mundo de hombres. Sin embargo, su madre había educado a Adea según las antiguas tradiciones, como princesa iliria, ya que era hija de Filipo de Macedonia y Audata, una princesa de la Iliria dardania, entregada en matrimonio para sellar un pacto. Audata le había enseñado a Cinane el arte de la espada en todas sus formas, y Cinane, a su vez, había transmitido aquella sabiduría a su hija. Merced a su habilidad con las armas y a su talla —tan alta y tan ancha como un hombre y con unos músculos acordes—, Cinane siempre confió en que Adea sobreviviera cuando decidió casarla con Filipo y hacer valer así su derecho al Imperio. Pero Cinane murió a manos del hermano de Pérdicas, Alcetas, cuando este intentó que ambas mujeres dieran media vuelta antes de alcanzar Babilonia.

Fue tal la indignación de los veteranos de Alejandro al saber que una medio hermana de Alejandro había sido asesinada a sangre fría que Pérdicas se vio obligado a permitir que el matrimonio se celebrase en contra de sus deseos. Así fue como Adea se convirtió en reina y como se ganó la eterna enemistad de la mortífera Roxana, tan diestra en pociones.

¿De qué servía la hoja de una espada ante las artes de una envenenadora? Roxana ya había envenenado a Filipo en una ocasión,

pero Pérdicas la había coaccionado para que le diera el antídoto. ¿Quién ejercería ahora ese poder sobre la zorra oriental?

Con el corazón en un puño y muy a su pesar Adea dejó la espada y se acercó a su marido, le cogió de la mano y le llevó a la cama, separada del resto de la tienda por una cortina. Ticón los siguió, y juntos desvistieron a Filippo, que jadeaba entusiasmado, pues sabía lo que le esperaba. Siendo poseedor de un pene prodigioso, gustaba de usarlo siempre que podía. Adea le retiró el taparrabos y masajeó el miembro para prepararlo mientras Ticón sostenía a su pupilo para contenerle, tal y como Adea y él habían establecido a lo largo de los meses, con el objeto de que el acto fuera seguro para ella. Filippo no sabía controlar su fuerza, y tampoco sentía empatía alguna por sus compañeras. De hecho, en sus años jóvenes, había llegado a desgarrar a dos desafortunadas esclavas que habían muerto desangradas.

Una vez satisfecha con los preparativos, Adea se giró y se arrojó en la cama con las nalgas en pompa; se subió la túnica y le dedicó a Ticón un asentimiento, aferró la almohada y cerró los ojos. Mientras Filippo la embestía sin más preámbulo, ella ponía la mente en quien, suponía, sería el nuevo regente, Ptolomeo, y en si sería capaz de protegerla. Egipto, pensaba mientras su marido se mecía bajo la atenta mirada de Ticón, era un buen lugar para vivir.

—Aunque me sienta profundamente halagado —declamó Ptolomeo con el sol brillante y dorado ante él, naciendo en el este—, profundamente halagado, hermanos, no soy el hombre adecuado para asumir la regencia y erigirme en custodio de los dos reyes. Proponemos que sean Peitón y Arrideo, conjuntamente, los que se encarguen de esa labor hasta el encuentro en los Tres Paraísos, donde se alcanzará una solución a largo plazo.

Las manos de Adea se aferraron sin ella quererlo a los brazos de la silla, y la muchacha miró a Ptolomeo un instante de reojo. Estaba de pie, al frente de la tarima, rodeado de oficiales de alto rango, dirigiéndose al ejército al completo, dispuesto este en estrecha formación y proyectando largas sombras. Su marido estaba sentado a su lado, con la mirada fija y perdida y una sonrisa bobalicona en la cara. Ptolomeo hizo que los dos regentes temporales se le aproximasen y

los elogió ante la tropa. Más allá de Filippo se sentaba Roxana, con el rey bebé sobre el regazo. Estaba embadurnada en kohl, y sus ojos fríos destellaban por la estrecha apertura de su velo. Adea se estremeció cuando la miró, primero a ella y luego a Filippo, con un odio profundo. *Cree que esta es su oportunidad. Peitón y Arrideo no significan nada para ella.* Alargó la mano instintivamente, cogió la de Filippo y oyó que Roxana siseaba al verlos. Percibió que Barzid, su guardaespaldas ilirio, se acercaba a ella como reacción al odio desnudo de Roxana. *Ahora es Antípatro quien constituye nuestra mejor oportunidad.*

—... y para ayudar a sanar las heridas causadas por la disparatada guerra que Pérdicas me declaró —continuó Ptolomeo mientras el rey bebé empezaba a gimotear porque su madre le había clavado las uñas en el brazo: tal era el odio que le consumía por el hombre que tenía al lado—, he ordenado que se recuperen del río los cuerpos de vuestros compañeros muertos y que sean incinerados con honor. En cuanto sus huesos estén fríos, se os entregarán a vosotros, sus compañeros de armas, para hacer con ellos lo que deseéis.

Los vítores que provocó la noticia ahogaron por un momento el llanto del bebé. Animado por la buena disposición que emanaba de su audiencia, Ptolomeo se dejó alabar con los brazos abiertos, como si pretendiera abrazarlos a todos.

Adea casi sintió pena por el pequeño cuando Roxana, sin miramiento, lanzó al incómodo monstruito a los brazos de una nodriza que empezó a dispensarle un trato más maternal que su propia madre. Adea sabía, gracias a un espía que tenía entre el servicio de Roxana, que esta tan solo cogía al pequeño Alejandro cuando aparecía con él ante la asamblea del ejército. Sin embargo, Adea no fue la única persona que se percató de la escena: de entre la masa de oficiales que rodeaban a Ptolomeo, los ojos pálidos de Casandro desprendieron indignación cuando presenció el intercambio. Luego sus miradas se cruzaron, y él inclinó la cabeza. Su expresión era gélida. Adea supo entonces que a Casandro, aunque no le desease ningún mal, tampoco podía considerarle un amigo. *Teniendo al hijo mayor de Antípatro en mi contra, ¿cómo puedo pedirle protección? Bien es cierto que, a juzgar por el modo en que los ha mirado, Casandro tampoco es amigo de Roxana y de su cachorro. Se parece mucho a Pérdicas. Es un hombre al que vigilar y evitar.*

Pidiendo silencio, Ptolomeo empezó a concluir su discurso.

—Por último, hermanos, debo haceros partícipes de malas nuevas, noticias de las peores posibles. —Hizo una pausa como si estuviera intentando encontrar las palabras que pudieran expresar la magnitud de la tragedia—. No sirve de nada, hermanos. No puedo endulzar la noticia, así que me limitaré a decir que Crátero ha muerto.

A unos instantes de silencio incrédulo los siguió la erupción de un profundo aullido lastimero entre las tropas que fue ganando intensidad a medida que los hombres se hacían cargo de la tragedia. Crátero, el mejor general después del mismísimo Alejandro, estaba muerto; el hombre al que más amaba el ejército, invicto en el campo de batalla, querido por su habilidad y por su predisposición a compartir con sus hombres todas las penurias, el que siempre comía lo mismo que la tropa fuera lo que fuera. Un hombre respetado por su visión conservadora, según la cual estaba en contra de diluir el ejército macedonio enrolando a orientales: el soldado de los soldados, alguien a quien habían conocido a lo largo de casi toda su carrera militar.

Fue con genuina sorpresa que Adea vio lágrimas deslizándose por rostros de barbas canosas, hombres endurecidos por años de campaña convertidos de pronto en piltrafas lloronas, como si acabaran de descubrir a sus mujeres violadas y con las gargantas rebanadas, como si hubieran visto desaparecer todo el botín acumulado durante años.

Dos veteranos que sobrepasaban ampliamente los sesenta años se encaramaron a la tarima con las barbas empapadas en lágrimas.

—¡Dinos cómo ha ocurrido! —le gritó uno de ellos a Ptolomeo sobreponiéndose al dolor.

—No será plato de gusto, Carano. —Alzando las manos al aire, Ptolomeo quiso calmar a la asamblea, y pronto los lamentos quedaron convertidos en quedos sollozos—. Eumenes, el partidario de Pérdicas, se negó a entrar en razón y a rendirse a Antípatro y a Crátero. En la batalla que siguió, el muy pérfido no informó a sus macedonios de que era Crátero a quien se enfrentaban. Nuestro querido amigo murió a manos de la caballería bárbara de Eumenes.

Aquello resultó ser demasiado para hombres que habían pasado los últimos años aplastando a todos los bárbaros que les salían al paso. Pidieron a gritos la muerte de Eumenes y, después, la de Alcetas, el hermano de Pérdicas, la de Atalo, su cuñado, y las de Polemón y

Dócimo, sus principales partidarios que hacía poco habían desaparecido del campamento. Una vez más Ptolomeo rogó silencio.

—La asamblea del ejército tiene derecho a juzgar a cualquier individuo al que considere culpable de haber cometido crímenes contra este. ¿Es vuestro deseo sentenciar a Eumenes por su participación en la muerte de Crátero, y a Alcetas, Atalo, Dócimo y Polemón por su apoyo a Pérdicas?

La respuesta fue inequívoca.

—Muerte a quienes le apoyaron y a su familia —exigió el segundo veterano.

—¿Es eso lo que deseas tú también, Carano?

—Sí.

El ejército al completo se hizo eco de la moción, y su deseo era ley.

Ptolomeo se volvió hacia los oficiales que tenía a su espalda, en la tarima, y ninguno hizo amago de objetar nada.

—¡Sea! —gritó—. Esta asamblea condena a muerte a Eumenes, Alcetas, Atalo, Dócimo, Polemón y a todos los partidarios de Pérdicas, así como a su familia. Quienquiera que tenga la ocasión de ejecutar a cualquiera de ellos podrá hacerlo. No cumplir con dicho deber...

Pero los gritos de una mujer le interrumpieron. Adea buscó entre la muchedumbre el origen de aquellos. Con las ropas rasgadas y el cabello enmarañado, una mujer estaba siendo arrastrada hacia la tarima. Los hombres se apartaban para dejar paso al tiempo que la increpaban, aunque sin ejercer ningún tipo de violencia. La acercaron a la tarima, y Adea pudo ver un gesto de remordimiento en el rostro de Ptolomeo. Él también la había reconocido, y sabía lo que los hombres exigirían de él, pues se trataba de Atalanta, hermana de Pérdicas, esposa de Atalo.

—¡Ptolomeo! ¡Ptolomeo! —aulló Atalanta intentando soltarse de las muchas manos que la aferraban—. Ptolomeo, ordena que me suelten.

La mujer mediaba la treintena, aún era bella y era bien conocida por su aplomo, aunque ninguna de esas dos virtudes saltaba ahora a la vista. Tampoco la altivez que siempre había mostrado ante Adea en los escasos banquetes en los que se habían visto, en torno a la mesa de Pérdicas. Adea pensó que el cambio le sentaría bien. Aún sentía rencor hacia ella por haberla desafiado cuando salvó a su her-

mano Alcetas de la justicia de las masas cuando este mató a su madre, Cinane. *Los dioses primero se burlan de mí y al instante siguiente me sonríen.*

Después de pedirle amparo a gritos a Ptolomeo una vez más, Atalanta cayó de rodillas, con los ojos desencajados de terror cuando se dio cuenta de que los hombres que tenía más cerca la reconocían y se arremolinaban en torno a ella.

—¡Ptolomeo, sálvame!

Pero Ptolomeo, apesadumbrado, no pudo hacer más que negar con la cabeza.

Adea podía entender la difícil situación de Ptolomeo. *Se ha dictado sentencia contra la familia de Pérdicas, hombres y mujeres por igual, tiene las manos atadas. No puede hacer nada porque teme que le tomen por débil.*

Pero cuando le estaban arrancando las ropas a Atalanta, dejando sus pechos al descubierto, Ptolomeo no pudo permanecer más tiempo como mero espectador.

—¡Alto! —rugió al tiempo que Seleuco se abría paso entre los oficiales de la tarima para ponerse a su lado—. No la deshonraréis. —Bajó de un salto y se acercó a la multitud con Seleuco detrás, le recompuso el vestido y le cubrió el cuerpo—. No importa que sea la hermana de Pérdicas: no la deshonraréis.

Atalanta se abrazó a las piernas de Ptolomeo.

—Gracias, gracias.

Ptolomeo alargó la mano e hizo que le soltara.

—No me des las gracias, Atalanta, no puedo salvarte: la sentencia es firme. Lo que sí puedo hacer es asegurarme de que se lleva a cabo limpiamente y de que tu honor permanece intacto.

Unos ojos negros, hundidos en la tristeza, le miraron a la cara, y la mujer emitió un leve lamento que fue creciendo hasta morir en su garganta.

No me produciría ningún placer verla sufrir a manos de esos hombres, pero no voy a lamentar su muerte, y menos después de cómo me miraba por encima del hombro, a mí, a una reina, siendo ella poco más que la hermana de un regente, un regente que ahora está muerto. Aunque sirve de advertencia y deja claro que las cosas cambian mucho en tiempos convulsos como estos y que el poder real reside en el ejército, no en los generales. Ese es el rumbo que debo tomar.

Entre Seleuco y Ptolomeo abrieron un espacio alrededor de la mujer condenada mientras la tropa pedía su sangre a gritos. Adea

vio que Ptolomeo y Seleuco se miraban, inquisitivos, y que el primero se encogía de hombros al ocurrírsele, de pronto, que la situación tenía un lado positivo.

Atalanta comprendió el gesto, y eso pareció reconfortarla, porque se puso en pie con la cabeza bien alta y los hombros rectos.

—Muy bien, si debo morir ejecutada por las acciones de mi hermano, que se haga con dignidad, para que todos podáis comprobar cómo muere una macedonia de alta cuna. —Se giró hacia Ptolomeo y se rasgó el vestido—. Si afirmas que no puedes salvarme, entonces sé tú el que lleve a cabo la sentencia. —Se levantó el pecho izquierdo y se señaló el corazón—. Hazlo, y hazlo con fuerza.

El semblante siempre relajado de Ptolomeo se desdibujó un instante al contemplar el pecho expuesto de la mujer. Desenvainó.

—Agárrala fuerte de los hombros, Seleuco. Si se mueve, podría errar la estocada.

Atalanta apartó a Seleuco de un empujón.

—No me moveré, Ptolomeo, aunque quizá prefieras que te sostenga el brazo para que no te tiemble la mano. Puede que los nervios te traicionen al matar a una mujer a sangre fría.

Ptolomeo sonrió al recuperar la compostura.

—No erraré.

Con un destello de hierro bien bruñido y a la luz del sol matinal se oyó el sordo impacto de la hoja atravesando carne y hueso seguido de una exhalación de Atalanta. La estocada de Ptolomeo fue ascendente, bajo las costillas, profunda, atravesando el corazón hasta detenerse en el omóplato. La sangre manó de unos labios temblorosos y los ojos de la mujer se abrieron al máximo. Atalanta se miró la herida como si quisiera comprobar que lo que estaba ocurriendo era cierto. Posó la mano en el hombro de Ptolomeo, sus piernas dejaron de sostenerla y, lentamente, fue deslizándose hacia el suelo. Seleuco le puso una mano en la axila para detener la caída y evitar que sufriera un desplome final. Atalanta se arrodilló, puso la mano en el suelo y luego, con la ayuda de Seleuco y Ptolomeo, se tumbó de lado y encogió las piernas. La sangre manaba libre de la herida, de la nariz y de la boca. Miró a Ptolomeo en posición fetal. Su luz se apagaba.

—No he hecho nada malo.

Su boca calló. Su cuerpo quedó inmóvil.

Si alguna vez me enfrento a su misma suerte, espero poder hacerlo con ese aplomo. Bastó una mirada a su marido para saber que él no había sacado la misma conclusión de la ejecución de Atalanta, más bien al contrario, a juzgar por su evidente entusiasmo. Sintió asco por Filipo y, al mismo tiempo, la extraña necesidad de protegerle. Adea le cogió de la mano y le ayudó a bajar de la tarima al tiempo que Ptolomeo retiraba su espada del pecho de Atalanta.

—La sentencia ha sido aprobada por la asamblea del ejército —le oyó exclamar a Ptolomeo mientras bajaba las escaleras de madera—, y una vez aprobada solo el ejército puede revocarla. No me ha producido ninguna satisfacción ejecutar a una mujer, pero ya está hecho, y la consumación supone que ya no podemos echarnos atrás. Ya no podrá haber acercamiento alguno entre nosotros y los partidarios de Pérdicas. Ellos no acudirán a los Tres Paraísos para alcanzar un acuerdo final con Antípatro: ahora ya es a muerte. Contra todos ellos, y en particular contra Eumenes.

Adea sonrió para sí mientras alejaba de allí a su marido, sosteniéndole la muñeca con firmeza para evitar que se llevase la mano a los genitales. Ahora que había visto el camino, sintió más confianza en sí misma. *Puede que no tenga muchos amigos en estos momentos, pero me atrevo a aventurar que pronto, después de hablar con Carano, contaré con más de los que cuenta Eumenes. Y entonces, a pesar de Casandro, Antípatro no tendrá más opción que tratarme con deferencia.*